

Qué es y para qué sirve la antropología del deporte

José Garriga Zucal

Un campo consolidado

Los estudios sociales del deporte son un campo de estudios consolidado y de sostenido crecimiento. La misma suerte ha corrido la antropología del deporte. Ningún investigador, ni por ingenuo ni por taimado, puede creerse o reivindicarse precursor en un terreno yermo cuando el mismo ha sido sembrado y cosechado con laboriosa voluntad en los últimos treinta años.

Desde los pioneros trabajos de Archetti (1985) hasta estos días, cientos de publicaciones, tesis de grado y posgrado, *dossiers* temáticos, numerosas jornadas científicas y diferentes eventos académicos han abonado con una diversidad de enfoques y temáticas la antropología del deporte. Aquí descubrimos una de las adquisiciones más importantes de los últimos años de este campo de estudios: la diversidad. Para beneplácito del conocimiento social y gambeteando el aburrimiento, los estudios antropológicos del deporte han perdido la hegemonía futbolística y abarcan una rica diversidad de objetos que van desde el rugby al golf, desde la natación a los ‘fierros’, etc.

Tomando lo antedicho como punto de partida proponemos en este breve trabajo poner sobre el tapete dos cuestiones, o más bien tres —ya que uno de nuestros objetos por sus caprichos se desdobra— sobre los quehaceres del investigador antropológico en el campo de los deportes. Nuestro deseo nada tiene de innovador y solo se propone una meta austera: reflexionar en un primer acto sobre la labor antropológica, incluyendo cuestiones metodológicas, para terminar pensando la relevancia de nuestras tareas.

Sobre el hacer antropológico

Los investigadores sociales en su mayoría estudian relaciones o proceso sociales. Los que hacemos antropología estudiamos “otras” relaciones sociales; estudiamos lo que hemos dado en llamar la alteridad.¹ Por esto aquellos que nos dedicamos a la antropología del deporte estudiamos, entonces, la alteridad en el deporte.

Para ello, lo primero que hacemos —no lo único—es buscar un punto de vista sobre una práctica o afición deportiva. Buscamos los sentidos que la alteridad le da a sus prácticas y representaciones. Describimos —por ahora decimos *describimos*, aunque en realidad inventamos— la ficción social de esta alteridad, incorporando en nuestro análisis la mirada de sus miembros. La antropología del deporte debe entonces estudiar esos otros sentidos, conocer estas otras formas de pensar las prácticas.

Luego, y ese es nuestro segundo paso, analizamos esas miradas. Tomamos el punto de vista del otro y lo analizamos. Esa descripción de los sentidos que la alteridad le da a sus prácticas se vuelve insumo analítico. Los antropólogos estudiamos en el deporte problemas sociales: la relación género-clase en el hockey o la nación y los sentidos de inclusión en el fútbol, por ejemplo. No nos quedamos en el plano de la descripción, usamos los datos construidos con la alteridad como insumo para la reflexión social.

Malinowski (1991) no se contentó con mostrar cómo se tiraban del cocotero y explicar que lo hacían porque se había hecho visible una violación a un principio legítimo de la tribu, sino que discutió con los que decían que los nativos primitivos no tenían ley y también con los que decían que cumplían la costumbre a rajatabla. Usó el dato antropológico para discutir las concepciones sobre el derecho que existían entre los primitivos. De la misma forma, Archetti (2003) no se preocupaba por la gambeta como forma de un estilo propio del jugar argentino para dar cuenta de lo vistoso que era nuestro fútbol, sino para dar cuenta de un sistema de inclusión-exclusión que generaba un tipo particular de idea de nación.

Recordemos, para cerrar esta idea, la sentencia de Geertz (1992), quien nos recordó que los antropólogos no “estudian aldeas sino en aldeas”. Los antropólogos

¹ Es necesario indicar que la alteridad es, para nosotros, la clave de especificidad de la antropología respecto a otras ciencias sociales. No está de más mencionar que otros investigadores piensan que la especificidad recorre caminos distintos.

analizamos en el deporte cierta problemática social que nos intriga, abordamos teóricamente los datos de nuestro trabajo. Nos interesa el fútbol para saber cómo se construye la nación en esos espacios, la natación para entender las ideas de profesionalidad y género, etc. Es en esta línea que la concepción de “arena pública” de Archetti (1985) se muestra fructífera y sumamente productiva. En clave geertziana mostraba al deporte como un “juego profundo”, una riña de gallos balinesa que permitía estudiar las formas en que los actores perciben, actúan y manipulan el mundo en el que están insertos. Concepción que sirvió, entonces, para mostrar cómo se podía investigar en los deportes ciertos elementos que la sociedad y la cultura ponen en escena.

Cómo hacemos antropología del deporte

Decíamos que, para nuestra concepción, la noción de alteridad es la clave de especificidad de la antropología. La alteridad es una construcción que realiza el investigador, un ejercicio de distanciamiento, una gimnasia del alejamiento. Lins Ribeiro (2007) señala que nuestra tarea es familiarizar lo exótico y exotizar lo familiar. Un juego que va de la exotización a la familiarización.

Un juego peliagudo, plagado de escollos. El primero de estos que mencionaremos tiene que ver con el relativismo. Es imposible hacer antropología sin relativismo, que en sus diferentes variantes sostiene que todos los grupos sociales construyen valores, representaciones culturales sobre sus prácticas y por ello ninguno puede ser interpretado como superior. Lo que hacemos, entonces, es conocer el mundo social de un “otro”, suspendiendo nuestra mirada del mundo; entendiendo que existen otras formas de ordenar la ficción social y que la nuestra no es, por ser la nuestra, la mejor. Sobre el relativismo Semán nos dice:

Es preciso relativizar nuestro contexto interpretativo cotidiano y apostar fuertemente a la existencia de otro contexto de significaciones que, dentro de nuestro mundo, le da otro sentido a las actuaciones de otros, para no ceder a las interpretaciones narcisistas que encuentran que todo lo que ocurre en nuestra sociedad es una mueca degradada de un supuesto patrón. Y en esa tarea, lo que llamamos relativismo es incondicional (Semán, 2009: 24).

La antropología del deporte sin relativismo es un viaje a la confirmación de mis ideas sobre el mundo social. Es pensar que los que juegan al golf lo

hacen solo para hacer negocios, que los jugadores de rugby solo buscan mostrarse diferentes y jerarquizarse. Sin una dosis de relativismo metodológico las formas del otro sobre su mundo no pueden ser conocidas, no podemos entender el mundo de los “ferreros” pensando que son unos “narcisistas y faloperos” o que las formas corporales de los barras bravas son las de “unos negros de mierda que no les da el bocho”; sin relativismo, nunca entenderemos ese mundo más que desde la mirada de “nuestra” sociedad, “nuestra” superioridad.

El relativismo como arista ineludible de la etnografía es tan necesario como dificultoso. Deseamos con toda nuestra fuerza poseer un relativismo que nos salve de todo tipo de exabruptos sobre la interpretación de la otredad, pero esto es imposible porque la máquina investigadora siente y piensa socialmente. Somos sujetos morales y políticos que analizan otras formas diferentes a las nuestras, con posiciones distintas. Lo que hacemos lo hacemos como sujetos sociales ubicados dentro de una trama social: desde esa trama miramos el mundo y lo evaluamos.

A pesar de su dificultad vale lo que sale; por ello, hay que hacer el esfuerzo y mantener la vigilancia epistemológica alerta para no caer en el etnocentrismo que siempre nos tiende buenas trampas. De hecho, una de estas trampas la juega la distancia: resulta más fácil abogar por la diferencia de un Qom que por la del vecino de la vuelta. Guber (2001) dice que la antropología antaño debía familiarizar lo exótico y ahora debe exotizar lo familiar.

El engaño de pensar lo distante como distinto y lo cercano como idéntico nos trae muchos problemas a los que hacemos antropología del deporte. Creemos que todos los que practican un deporte lo hacen con los mismos sentidos y negamos así la alteridad. He jugado a la pelota con presos y con barra bravas: les puedo asegurar que los sentidos que ellos les dan al deporte son muy distintos a los que le damos nosotros o le doy yo.

¿Para qué sirve la antropología del deporte?

Más de una vez los investigadores se preguntan sobre el objeto social y político de sus investigaciones. La pregunta se repite recurrentemente entre los académicos que estudiamos el deporte. Las respuestas profundizan la autoflagelación de quienes conciben que sus saberes nada sirven o poco importan. De buenas a primeras las respuestas son subsidiarias del lugar que ocupan nuestros saberes en el campo académico. El campo de estudios del deporte está, como sosteníamos, consolidado, aunque aún ocupa dentro del mundo académico un lugar

periférico. En esta distribución de posiciones y jerarquías el deporte es un hecho banal, trivial e insignificante y los que estudian ese objeto pierden su tiempo en pequeñeces, nimiedades. Los temas importantes, relevantes para el mejor gobierno de la sociedad son otros, distantes de los nuestros. Estas cuestiones repetidas por propios y ajenos opacan el hecho de que el deporte es un espacio de investigación de los mismos temas que los investigadores serios acometen en otros lares. El deporte no es, ni más ni menos, que “un hecho banal” convertido en objeto de estudio que sirve, al fin y al cabo, para indagar las dimensiones estructurantes de nuestra sociedad. Entonces: ¿qué tiene de banal?

Los antropólogos en particular y todos los científicos sociales en general podemos hacer nuestro aporte en tres caminos diferentes. Para los que estudiamos el campo del deporte estos tres caminos son igual de transitables.

El primer de estos aportes, que parece a primera vista el más sosó y sin embargo es sumamente relevante, es el teórico. La antropología del deporte sirve para crear, desde nuestros saberes, conceptos que permitan interpretar, reflexionar y analizar el mundo social. Cabe como ejemplo recordar que Archetti (2003) ideó con la noción de “zonas libres” un concepto sumamente virtuoso para el análisis social, que puede ser utilizado más allá de los límites del deporte. El camino teórico tiene también el recorrido inverso. Poner a prueba, jugar con los conceptos que sirven para reflexionar otros mundos sociales entre nuestros objetos de investigación. Por ambos senderos la reflexión teórica gana densidad y nuestra contribución es de suma relevancia.

Por otro lado, las investigaciones antropológicas sobre el deporte —y sobre la alteridad en general— son imprescindibles en tanto promueven la tolerancia. Al dar cuenta que otros ordenan el mundo de formas diferentes a la nuestra y que ese orden es tan arbitrario como el nuestro, abonamos la semilla del respeto por la diversidad. Los investigadores sociales sabemos —lo ocultamos para poder vivir plácidamente— que el mundo tal como lo vivimos es una ficción, una ilusión. Sabiendo eso, podemos y debemos fomentar la comprensión y tolerancia con respecto a otros valores. Y al mismo tiempo, nuestra mirada sirve para poner en duda las verdades asumidas como universales, mostrando que todo lo que se cree universal no es más que un particular con más poder.

Por último, nuestro análisis posibilita pensar políticas públicas que permitan mejorar situaciones sociales: aquí dejamos el relativismo y nos ponemos como agentes sociales que desean modificar el mundo en el que vivimos. Todo lo que

hacemos, aunque parezca alejado de “los problemas sociales”, puede ser eje de intervención y de gestión. Para aquellos colegas que parafraseando a Marx sostienen que los antropólogos se han limitado a analizar el mundo de distintos modos y que de lo que se trata es de transformarlo, les repetimos que es imposible transformar el mundo sin analizarlo. Lejos está la undécima tesis de Feuerbach de proscribir el análisis en pro de la labor política; propone, por el contrario, la acción basada en el análisis. Y es en este giro donde nuestros saberes, específicos y minuciosos, ganan relevancia, ya que se vuelven insumos para la transformación del mundo. Aquí el punto problemático es común a otros científicos sociales y tiene que ver con el aislamiento académico, casi siempre autoimpuesto.

A modo de cierre

Habiendo dicho lo dicho, sostenemos que son tres los desafíos de la antropología del deporte. Por un lado, es necesario ampliar las preguntas de investigación que nos dejen hacer más y mejor teoría. Así se vuelve importante sumar a las discusiones más comunes del campo —cuerpo, género, nación y clase— otras que parecen ganar relevancia. Por ejemplo, y menciono solo una como muestra de una diversidad imposible de plasmar en estas páginas, cómo influyen las nuevas tecnologías en las formas de hacer y mirar deportes. Por otro lado, es vital romper definitivamente el cerco futbolístico y ampliar las muestras de la alteridad. Exhibir las múltiples formas de hacer y pensar los deportes funciona como un eficaz antídoto contra la intolerancia. Por último, derribar las fronteras del mundo académico, conectar nuestros saberes con la gestión de políticas públicas demanda un gran esfuerzo que ponga fin al aislacionismo académico. Debemos, si sinceramente deseamos trazar estos puentes, modificar nuestra jerga y nuestros pruritos, meternos de lleno en un territorio que nos es ajeno.

Referencias bibliográficas

- Archetti, E. (1985). *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: Flacso.
- Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo, reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Lins Ribeiro, G (2007). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica,

- un ensayo sobre la perspectiva antropológica. En Boivin, F; Rosato, A & Arribas, V (comp). *Constructores de Otredad: una introducción a la antropología social y cultural* (pp 255-260). Buenos Aires: Antropofagia.
- Malinowski, B. (1991). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona: Ariel.
- Semán, P. (2009). Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización. *Maguaré* 23, 181-205.